

nunca, todo era inestable en el país, y estaba sujeta á imprevistas mudanzas. El resultado fué que nadie se presentó como candidato ni dió programa, y ni siquiera lo hizo el mismo Zarco, no obstante que podía y debía considerarse apropiado para desempeñar cualquiera destino de elección popular.

Para ser candidato del club progresista en los términos que él deseaba, había además otro inconveniente muy poderoso, y era la necesidad de proclamar abiertamente la reforma democrática y de sostener á todo trance la constitución de 57. Esta era la condición principal del programa que el club exigía á sus hombres, y esta condición era aterradora para los que veían la tempestad que aquel código había levantado. ¿Quién se atrevería á echar sobre sus hombros el compromiso de sostenerle, cuando Comonfort con todo su poder no podía salvarle?

Así pues, aunque trabajó mucho el club para obtener el programa de Lerdo, este no le dió. Lerdo no habría tenido inconveniente en satisfacer la exigencia de los progresistas relativamente á sus pensamientos de reforma democrática, porque no hacía misterio de sus opiniones en este punto; pero habiéndose negado á dar el programa, no obstante hallarse de acuerdo en todo lo demás con sus amigos políticos, parece claro que el único retraente que tuvo, fué la constitución, porque no era posible gobernar con las trabas que imponía al poder supremo, y porque si algún poder necesitaba estar libre,

era precisamente aquel que por adoptar un programa innovador, tendría que luchar con más fuertes enemistades, y que vencer más poderosas resistencias. Sin duda hizo Lerdo estas reflexiones para negarse á dar el programa que se le pedía: por lo menos, ellas debieron pesar en su ánimo que las razones que dió en su Manifiesto publicado poco después, en el cual dijo sustancialmente, no sin un tono harto marcado de mal humor, que no había querido entrar en una lucha desigual, en que todas las ventajas estaban por Comonfort, por tener asegurado este de antemano el apoyo de toda la prensa. De todos modos, la negativa de Lerdo hizo que el club progresista retirara su postulación, y aquella junta se disolvió poco después, por no serle posible hacer nada de lo que querían los que la habían organizado.

En cuanto al Presidente Comonfort, desde el principio de la lucha electoral, con motivo de haberle postulado para la presidencia el periódico oficial de Querétaro, había escrito á los gobernadores de los Estados recomendándoles que los periódicos oficiales no propusieran ni apoyaran su candidatura; y después, cuando los hombres del partido progresista hablaron de los programas, y se empeñaron en que diera el suyo para satisfacción y sosiego de los amigos de la libertad, dijo terminantemente que su programa eran sus hechos, y que él no aspiraba á la presidencia constitucional, donde le aguardaban tal vez los mismos sinsabores que había experimentado en la presidencia interina.

Fácil era sin embargo prever cual seria el resultado de aquellas elecciones, visto el entusiasmo que el nombre de Comonfort escitaba en todas partes. En algunas fué tanto, que la eleccion para la presidencia mas bien fué una aclamacion y un grito de aplauso, que una votacion popular. En Guanajuato las cédulas de los votantes estaban llenas de los mas ardientes elogios al hombre de Acapulco y de Puebla. *Al hombre de la patria, al hijo de la Providencia, al valiente, al ilustre, al invicto ciudadano; al amigo del pueblo, á la esperanza de la nacion, al protector de los desvalidos:* con estas y otras frases que revelaban el entusiasmo mas ardiente, designaron los electores al General Comonfort para la presidencia constitucional de la República, en Guanajuato, en Michoacan y en otros muchos puntos; y el resultado fué que salió electo casi por unanimidad, siendo esta una prueba harto patente de que la nacion estaba de acuerdo con sus principios, y aprobaba su política.

Por muy lisongeras que fueran para Comonfort aquellas demostraciones del aprecio público, no bastaban á compensarle de las amarguras de la situacion presente, ni de las que se le preparaban para lo futuro. Los conflictos con el clero seguian recrudesciendose; la reaccion seguia aumentando y multiplicando sus guerrillas: sus órganos continuaban atacando al gobierno con inaudita violencia; y para mayor desconsuelo, salian á luz papeles incendiarios, escritos por hombres que se llamaban progresistas, en que se deturpaba y se escarnecia al Presiden-

te y á sus ministros de la manera mas escandalosa. Vióse entonces en toda su desnudez el carácter contradictorio de las dos oposiciones, porque entonces tambien llevaron ambas hasta el último extremo el furor de sus ataques; y era de ver como la una llamaba diariamente á Comonfort cruel é inhumano por los castigos que habia impuesto á sus enemigos, impio y perseguidor de la Iglesia por las reformas que habia decretado, demagogo y trastornador por sus ideas de libertad; al mismo tiempo que la otra le tachaba de imbecil porque habia sido clemente con los vencidos, de retrógrado porque respetaba las tradiciones y las creencias del pueblo, y de refractario porque no permitia que la libertad política degenerára en libertinage.

A tal punto llegaron por fin los desmanes de la prensa en aquellos dias, que no bastando la ley para contenerlos, el Presidente se vió obligado de nuevo á recurrir á su poder dictatorial para cortar el escándalo, y suprimió algunos periódicos tanto de uno como de otro partido, de los que mas se desenfrenaron en atacar al gobierno con calumnias y personalidades; triste necesidad que no fué la menor desgracia de aquella época.

Entretanto, no se pasaba un dia sin que en la capital hubiera algun amago de conspiracion, y las autoridades de los Estados tenian diariamente que sofocar algun motin, no siempre sin derramamiento de sangre, ni sin que

hubiese que agregar alguna víctima á las que ya sacrificaba otra vez la guerra civil en los campos de batalla.

Uno de los motines de mas triste memoria, por las consecuencias que tuvo, fué el de Colima. Vivian allí libremente, protegidos y considerados por las autoridades del Estado, los coroneles Mendoza y Ponce de Leon, á quienes el Presidente habia perdonado porque habian tomado parte en las reacciones anteriores. Estos lograron seducir á las tropas de Colima, y el día 26 de agosto dieron de súbito el grito de rebelion, apoderandose de la guardia del principal, de los cañones, armas y pertrechos, antes que la autoridad pudiera evitarlo. Sorprendido por tan inesperado movimiento, el general D. Manuel Alvarez, gobernador y comandante general del Estado, salió resueltamente á la calle con ánimo de sofocar aquella sedicion; pero apenas habia dado algunos pasos por la plaza, cuando los sublevados dispararon sobre él, y cayó al suelo traspasado por una bala, permaneciendo allí sin vida, durante la corta refriega que se siguió, y largo rato despues, hasta que los pronunciados se hicieron dueños absolutos de la plaza.

El general Alvarez era uno de los hombres mas acaudalados de allí, y al mismo tiempo uno de los mas benéficos. Exento enteramente de pasiones políticas, le estimaban y le querian bien los hombres de todos los partidos. Caritativo con los pobres, consolador de todas las desgracias, protector de todas las buenas empresas,

bondadoso y amable con todos, era el mejor ornamento de aquella sociedad, y pasaba por la providencia de Colima, donde apenas habia persona que no hubiera recibido de él algun beneficio. Su desgraciado fin causó pues una general consternacion en la ciudad, y hasta los mismos rebeldes se quedaron aterrados de ver que aquel hombre hubiera sido la primera víctima de su movimiento.

Comonfort profesaba un entrañable afecto al desgraciado Alvarez; y aunque pocos dias despues se restableció el órden en Colima por el general Nuñez que fué enviado allí con este obgeto al frente de un cuerpo de tropas, le duró largo tiempo al Presidente la pesadumbre de haber perdido en aquella revuelta á un amigo á quien amaba por bueno y por patriota. De su sentimiento participaron todos los que no estaban contagiados por el espíritu de partido; y únicamente manifestaron indiferencia cuando no satisfaccion por aquella muerte, algunos órganos de la prensa, que siendo partidarios de la reaccion, parecian hacer alarde de no tener entrañas para sentir las desventuras que podian resultar en su provecho.

La muerte de Alvarez dió ocasion á que se hiciera patente el extremo á que llevó la oposicion reaccionaria su empeño por hacer que la religion sirviese á sus miras. Dijose entonces que el cura de Colima habia mandado azotar el cádaver del infortunado general antes de darle sepultura, y que habia exigido á su desolada familia dos mil pesos por el entierro. Los periódicos de la oposicion

lo negaron; pero uno de ellos, mas atrevido que los otros,* dijo friamente que nada tenia de exorbitante aquella suma, tratándose de un hombre que era gobernador y opulento comerciante; y estampó acerca del otro hecho estas palabras:—"Nada tiene de extraño que muerto repentinamente el Sr. Alvarez, el Sr. Cura, suponiendo en el sentido mas benigno, que murió contrito, para no cerrarle las puertas del cementerio consagrado, hiciera en el cadaver la ceremonia de la flagelacion, que debió aplicársele en vida. Lo que se reputa un acto de barbarie digno de comanches, no es sino una caridad verdadera."

Esto revela el carácter que á veces tomaba la oposicion entre los que invocaban las ideas religiosas para favorecer con ellas los intereses de partido.

A medida que se acercaba el periodo en que debia empezar á regir el órden constitucional, iban tomando incremento las dificultades de la situacion, porque los perturbadores redoblaron sus esfuerzos para hacerla desesperada cuando llegára aquel momento crítico. Nada bastaba á contener la audacia con que se movian en todas direcciones, y provocaban luchas en todos sentidos, los enemigos del gobierno, porque lo mismo conspiraban donde habia autoridades indulgentes y conciliadoras, que donde la rigidez y la severidad podian dar pretexto á las resistencias.

* El Tiempo.

En Puebla, donde el gobierno suave y paternal de Garcia Conde habia sido reemplazado por la administracion rígida y algun tanto destemplada de Alatríste, no se pasaba un dia sin que hubiera algun amago de conspiracion, apoyada en el descontento del clero de aquella Diócesis, no obstante que ya no existía la causa principal de aquel disgusto. El gobierno retiró en aquellos dias al de Puebla las facultades extraordinarias que le habia concedido antes sobre la intervencion de los bienes eclesiásticos, y despues espidió un decreto levantando de todo punto la intervencion. Pero estas disposiciones fueron la causa principal de la actitud casi hostil en que se colocó desde entonces el gobierno de aquel Estado respecto del gobierno general, sin que por eso se modificáran un punto los odios reaccionarios que allí hervian: y Puebla continuó siendo el foco de la reaccion, y el lugar de cita para sus directores mas ardientes é infatigables.

En Jalisco donde mandaba el general Parrodi, que por la templanza de sus opiniones no inspiraba odios, mientras que por otra parte infundia pavor en los rebeldes por sus prendas de soldado, no por eso dejaba de haber diarias tentativas de conspiracion; y un motin militar ocurrido en Guadalajara en el mes de Julio, puso en tal conmocion el Estado, que fué preciso declararle en estado de sitio para reprimir con mano fuerte á los perturbadores.

En Guanajuato continuaba la lucha entre las autoridades y el clero, dando lugar á continuas revueltas y tras-

ternos. Por la misma causa en Aguascalientes, Zacatecas, Querétaro y San Luis, eran frecuentes los motines; y los gobernadores de aquellos Estados tenían que consagrar toda su atención á la fatigosa tarea de sofocar los infinitos escándalos que diariamente ponían en peligro el orden público. En Nuevo Leon las autoridades eran rechazadas de la Iglesia, el Obispo de Monterey desterrado, y los canónigos presos, y los habitantes de aquel Estado se veían sumidos por primera vez en las amarguras de un conflicto que era nuevo en la serie de sus infortunios.

Mejía había vuelto á levantar sus guerrillas de la Sierra. Los facciosos del Sur, aunque arrojados una vez de Chilapa por las tropas del general Alvarez, se habían dividido en pequeñas partidas, y eran bastante numerosos para llevar la guerra al mismo tiempo al Estado de Puebla por el rumbo de Matamoros, al de Méjico por Cuernavaca y Sultepec, sin que las tropas del gobierno pudieran alcanzarlos sino á costa de grandes gastos y fatigas, y sin que de nada sirvieran para el restablecimiento de la paz, los triunfos que tal vez lograban sobre partidas insignificantes.

A la sombra de las sublevaciones políticas organizábanse cuadrillas de ladrones que infestaban el país por todas partes, y que tal vez asaltaban á los viajeros al grito de guerra de los reaccionarios. En el Distrito de Tepic había una de más de doscientos hombres, que por largo tiempo saquearon y asolaron los pueblos de la comarca,

sin que las autoridades tuvieran fuerza suficiente para acabar con ellos.

A estas plagas había que agregar las depredaciones de los salvajes en los Estados fronterizos, la guerra de castas que continuaba asolando á Yucatan, la sublevación que acababa de estallar en aquel Estado contra sus autoridades, las discordias intestinas que destrozaban al de Sonora, y otros hechos parecidos, que amenazaban al país con una general dislocación.

El comercio languidecía, la industria agonizaba, todas las fuentes de prosperidad se obstruían, cundía la inmoralidad por todas partes, la miseria era general, y una mortal desesperación invadía los espíritus. Y en medio de esto, el gobierno, sin recursos para restablecer la paz ni para asegurar las garantías, asediado y combatido por todas partes, bregando en aquel mar de pasiones, veía desaparecer como por encanto el fruto de dos años de esfuerzos, de sacrificios y de victorias; veía levantarse erguidos y amenazadores, y provocarle á nuevos combates, á los que había dejado tendidos en los campos de batalla; veía huir delante de sus ojos la hermosa perspectiva de la paz que le había costado tantos desvelos; y alejarse, acaso para siempre, la esperanza de ver á los mejicanos unidos á la sombra de una ley fundamental, que fuera el símbolo de su reconciliación, y la garantía de un porvenir dichoso.

Tal era la situación de la República mejicana el 16 de

Setiembre de 1857, en cuyo día debía empezar á regir en toda su plenitud la constitucion promulgada aquel año, segun estaba prevenido en ella misma. Era una situacion bien triste, que marcaba con negros colores el advenimiento de la época constitucional, y que habiendo sido producida por el simple anuncio de aquel código que aun no se habia puesto en práctica, anunciaba nuevos desastres para lo futuro.

En cuanto llegó aquel periodo, que cambiaba enteramente la naturaleza del gobierno, poniendo fin al poder dictatorial que hasta entonces habia egercido el Presidente, todos sus ministros renunciaron sus carteras, con el obgeto de dejarle en libertad para elegir el ministerio que fuera de su agrado bajo el nuevo régimen en que entraba la República.

Comonfort se quedó solo delante del cuadro sombrío y desconsolador que presentaba el país, y de aquella constitucion que era el origen de tantas calamidades; delante de sus promesas que le prescribian acatarla, y de los desastres públicos que clamaban contra ella; delante de las ruinas de sus pensamientos pacíficos y conciliadores, y de la esperanza de realizarlos aun, á costa de nuevos sacrificios. Esta esperanza prevaleció en su ánimo: con ella descendió tranquilo y sereno de su solio de dictador, y entró solo y desarmado en el sendero constitucional; y en aquellos momentos supremos tuvo la gloria de no desesperar de la salvacion de la patria.

CAPITULO DECIMO.

Ojeada retrospectiva.—Medidas del gobierno en el órden administrativo.—Sus esfuerzos por la paz y la seguridad pública.—Mejoras materiales y morales.—El ministro de fomento D. Manuel Siliceo.—Medidas en favor de la agricultura, de la industria, el comercio, la marina y la minería.—Ferrocarriles.—Alumbrado de gas.—Desagüe del valle de Méjico.—Instruccion pública.—Escuela de agricultura.—Escuela de artes y oficios.—Colonizacion.—Fundacion de varias colonias.—D. Miguel Ma. de Arrijoa, ministro plenipotenciario en Berlin.—Sus proyectos de colonizacion.—Instalacion del Congreso constitucional.—Pide el gobierno facultades extraordinarias.—Debilidad del poder.—Raro fenómeno político.—Ministerio.—Avances de la reaccion.—Acontecimientos desgraciados.—Concede el Congreso las facultades extraordinarias.—Su inutilidad.—Piensa Comonfort en retirarse.—Consideraciones que le detuvieron.—Toma posesion de la presidencia constitucional.—Su discurso al Congreso.—Comentarios que se hicieron sobre él.—Rumores sobre un golpe de Estado.—Esperanza en las vias legales.—Piérdese completamente.—Desenfreno de la prensa.—Pobreza del gobierno.—Recursos de sus enemigos.—Espantosa crisis.—Zuloaga y Payno acusados de conspiracion.—Pronunciamiento de la brigada Zuloaga.—Plan de Tacubaya.—Le acepta el Presidente.—Motivos que tuvo. Sus promesas.—Efectos del pronunciamiento.—Protesta de los diputados.—La coalicion.

LA triste situacion de la República no podia en conciencia achacarse al gobierno de la época: él habia hecho cuanto le cumplia por evitarla, y no era culpa suya que